



B. JOAQUIN, C.

La antifona *Sub tuum præsidium*, y la *Salve* que repite la Iglesia tantas veces, son oraciones admirables para dar feliz principio à todas nuestras obras. Tercero: Confiesa y comulga con el mismo fin, porque siempre se consiguen los auxilios necesarios cuando se recurre à la fuente de las gracias. Cuarto: Pide à otros que encomienden à Dios el buen suceso, y haz decir algunas misas; porque ninguna cosa mueve mas à Dios que el sacrificio de esta victima incruenta. Quinto: Interesa en tu pretension ó en tu negocio à los santos ángeles, particularmente al santo ángel de tu guarda, cuya devociou es una de las mas importantes y de las mas eficaces para todo. Y no nos hemos de contentar con recurrir à esos medios espirituales solamente en el principio de nuestras empresas, sino que debemos repetirlos muchas veces en el curso de la negociacion ó de la obra.

---

### DIA DIEZ Y SEIS.

EL BEATO JOAQUIN,

CONFESOR, DEL ÓRDEN DE LOS SERVITAS.

El beato Joaquin nació en Sena el año de 1258. Fué su padre de la noble familia de los Pelacanis; y su madre, venerada de todos por mujer de singular virtud, no fué de inferior calidad. Pero lo que mas ilustró à los dos nobles casados, fué la eminente santidad de su hijo, de que dió grandes indicios desde su mas tierna infancia.

Apenas tenia la edad en que se manifiestan las varias inclinaciones, cuando se reconoció que su

propension era á los ejercicios de piedad, y que el amor á la virtud era su pasion dominante. La vivacidad de su alma unida al candor de su natural, la finura y regularidad de sus facciones, cierto aire noble y gracioso, la inocencia de sus costumbres, un juicio prematuro, sus modales francos y naturalmente cultos, le hacian amar desde que se le veia; pero su compostura, su modestia, aquel frecuente ejercicio de oracion, su amor á los pobres, y sobre todo la ternisima devocion que manifestó desde luego á la santisima Virgen, le constituyeron objeto digno de la pública admiracion. Parece que la caridad y la devocion á la Reina de los ángeles habian nacido con él.

Luego que supo de memoria la salutacion angélica, todo su gusto era estarla continuamente repitiendo, y cada vez lo hacia con mayor devocion y con mayor ternura. No tomaba gusto en los ordinarios entretenimientos de los demás niños, siendo su única diversion estarse en la iglesia, y hacer oracion á Dios delante de alguna imágen de la Virgen; habiéndose impuesto desde aquella inocente edad una ley, que observó religiosamente toda su vida, esto es, de rezar una *Ave Maria* siempre que viese alguna imágen de esta Señora.

A la oracion juntó la mortificacion y el ayuno, porque creciendo con la edad su devocion á la Virgen, ayunaba á pan y agua en honra suya los miércoles y los sábados; veíasele postrado continuamente delante de sus altares, y no acertaba con otra conversacion que con la de las excelencias y grandezas de la Emperatriz de los cielos.

No era menos sobresaliente en él la caridad con los pobres. Casi desde la cuna descubrió esta tierna compasion hácia todos los miserables; y aun siendo niño, se despojó muchas veces de sus vestidos para cubrirlos á ellos. Gastaba en limosnas todo el dinerillo

que le daban para jugar; y como este no bastase para contentar su caridad, importunaba continuamente á sus padres y parientes, exhortándolos á que fuesen liberales con los pobres de Jesucristo, á quienes llamaba hermanos suyos. Temiendo su padre que la caridad de Joaquin no declinase por fin en algun exceso, juzgó ser de su obligacion moderársela algun tanto, y un día le habló de esta manera:

« Grande gusto me da la tierna compasion que observo en tí hácia los pobres: ninguna virtud es mas propia de un corazon que nació con obligaciones; pero la prudencia debe ser regla de todas las virtudes. Si continúas, como hasta aquí, en dar limosnas sin limites, presto nos pondrás á todos en necesidad de pedirla; quiérote caritativo, pero no te quiero pródigo. »

« No permita Dios, respondió el piadoso mancebo, que yo me desvie jamás de vuestra voluntad, ni falte á vuestra obediencia. Solo quisiera me diéseis licencia para representaros que el medio mas seguro y mas eficaz, no solo para conservar, sino para aumentar los bienes que el Señor nos ha dado, es ponerlos en manos de los pobres. Vos mismo, Señor, me habeis enseñado que la limosna que se hace á estos, se hace al mismo Cristo: siendo esto así, me habia parecido que el dar mucha limosna era comercio, sin dejar de ser caridad, y con tal deudor nada tenemos que temer; porque en mi modo de concebir, las riquezas no tienen otro mérito que las hagan recomendables sino el de proporcionarnos medios para ganar el cielo. »

No pudo reprimir las lágrimas el piadoso padre, y no dió otra repuesta al cristiano discurso de su hijo, que la de estrecharle tiernamente entre sus brazos. No se hablaba entonces en Sena de otra cosa que de la extraordinaria virtud de nuestro Joaquin. Tenian par-

particular gusto en tratar con el santo niño las personas mas condecoradas, siendo rara ó ninguna la conversacion de que no sacasen algun fruto; y aunque apenas contaba quince años, todos deseaban á porfia verle, hablarle, y encomendarse á sus santas oraciones.

A la verdad, eran tan abundantes las bendiciones celestiales que el Señor habia derramado sobre aquella alma inocente, que apenas era posible tener comunicacion con él sin experimentar un nuevo movimiento hácia la virtud. Crecia cada dia su devocion, y crecian al mismo paso las gracias, que el Señor le comunicaba. Durante la cuaresma, que guardaba con el mayor rigor, observó su padre que se levantaba todas las noches para ponerse en oracion, y quiso ver lo que le pasaba en ella. Quedó gustosamente sorprendido cuando advirtió todo el cuarto iluminado de un celestial resplandor, y á su hijo en medio de esta claridad extático y elevado: dió voces, acudió la familia; pero ni los gritos del padre, ni el estruendo de los criados bastaron para que volviese en sí el inflamado mancebo. El semblante arrojando fuego, los ojos fijos en el cielo, el gesto apacible y risueño, mostraban bien las dulzuras interiores que inundaban su alma. Ignoró Joaquin lo que habia pasado durante su arrobamiento; pero divulgada la noticia por toda la ciudad, creció á lo sumo la veneracion con que ya le miraban todos: oíanle con admiracion, hablábanle con respeto; y como todo el empeño de su devoto corazon era ver honrada y venerada á la santísima Virgen, no es fácil explicar la felicidad con que inspiró en toda la ciudad la devocion á esta Señora.

Ya se deja conocer que una virtud tan extraordinaria no habia nacido para el mundo. Crióle Dios para que fuese uno de los mas brillantes ornamentos del estado religioso. Tuvo Joaquin uno de aquellos miste-

riosos sueños, con que en otros tiempos hablaba Dios á los profetas y á los santos. Parecióle que veia á la santísima Virgen mas resplandeciente que el sol; y que hablándole con toda la ternura de madre, le decia: « No quiero, hijo mio, que permanezcas mas tiempo entre los uracanes tempestuosos del siglo: entra en aquella religion que hace consistir toda su gloria en servirme, y que por esto merece la honra y con mi singular proteccion. Algun estorbo opondrá á estos intentos el amor cariñoso de tus padres; pero yo te instruiré en el modo de vencerle: ea, vé, y aumenta el número de mis amados siervos. »

Fácilmente comprendió el devotísimo mancebo lo que Dios queria de él; porque aunque estaba aun en la cuna la religion de los servitas ó de los siervos de Maria, edificaban ya á toda la Europa las eminentes virtudes de sus fervorosos hijos, y se habian levantado, no solo con la veneracion, sino con los corazones piadosos de los fieles. Ni á la innata inclinacion de nuestro Joaquin podia proporcionarse religion mas de su genio, que la que por propio instituto estaba toda dedicada al mayor culto de Maria. Presentóse al punto á san Felipe Benicio, general de la órden, pidiéndole con instancia que le recibiese en ella. Luego que en su familia se llegó á entender ó á sospechar lo que pasaba, fué general el sobresalto, y no se perdonó á medio ni á diligencia alguna para desvanecer la pretension: empeños, razones aparentes, motivos plausibles, súplicas, ruegos, lágrimas, todo se puso en movimiento, pero todo inútilmente; porque el iluminado Benicio, que estaba mejor instruido en los altos designios de la divina Providencia, hizo mas caso de las instancias del pretendiente, que de las lágrimas de su ilustre parentela. Recibióle en la religion, y conoció desde luego que habia recibido en ella un santo mas.

Parece que no cabia en un novicio mayor fervor ni mas hermoso conjunto de virtudes. Por la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, tomó el nombre de Joaquin. Aun no tenia catorce años, y ya se le proponian á sí mismos por modelo los religiosos mas ancianos. Los oficios mas penosos y mas bajos eran los que mas se conformaban con su humilde inclinacion; y á no poner discretos límites á su fervor la virtud de la santa obediencia, él solo hubiera cargado con los de toda la comunidad.

La única cosa que le mortificaba en la religion, era la prudente atencion que se tenia á sus pocos años y fuerzas. Habiendo ordenado san Felipe á los demás novicios que fuesen trasportando á otra parte un monton de tierra que habia en la huerta, no quiso que Joaquin los ayudase. Afligióse mucho su humildad, y suplicó al prior que á lo menos le diese licencia para ir sacando tierra mientras comian los hermanos. Como era por tan poco tiempo, accedió el prior á sus instancias; y Dios se valió de esta ocasion para manifestar por un prodigio la santidad de su siervo, porque en menos de media hora trasportó él solo toda la tierra que veinte hombres en veinte dias no hubieran podido trasportar.

Aunque los superiores desearon mucho que se ordenase, nunca fué posible vencer en esto su humildad. Cuanto mas celebrada era su virtud, con mayores ansias apetecia el vivir desconocido y retirado. Concurrían de todas partes para verle y para hablarle, sin que lo lograra ninguno que no se retirase á su casa con algun provecho de su santa conversacion. Frutos fueron de su zelo algunas portentosas conversiones, la reforma general de las costumbres en toda la ciudad de Sena, y sobre todo, la singular devocion que se encendió en ella á la santísima Virgen. La honra y la veneracion al santo,

que á esto como necesariamente se seguia, asustaron tanto su humildad, que pidió con instancia al padre general le enviase á un lugar donde no fuese conocido; y condescendiendo con sus deseos, se le hizo partir secretamente para Arezo.

Pero apenas corrió la noticia por la ciudad de Sena, cuando toda se llenó de tristeza y desconsuelo. El clero, el magistrado, la nobleza, el pueblo todo se mostró tan afligido, y aun se declaró tan inquieto, que no fué posible sosegarle hasta que se envió orden al siervo de Dios para que volviese. Restituyóse con él la alegría á la ciudad, y sin hacer caso de su humilde resistencia, fué recibido en ella como en triunfo: tanto es el poder que logra la virtud sobre los corazones.

Restituido Joaquin á su patria, se dedicó enteramente á ganar para Dios las almas de sus conciudadanos. A la invencible fuerza de sus oraciones, de sus exhortaciones y de sus buenos ejemplos, mudó de semblante toda aquella populosa ciudad. Parece que solo verle y hablarle bastaba para convertirse. Pero su caridad, especialmente con los pobres enfermos, tuvo un no sé qué de singular y extraordinario. Aconsejaba en cierta ocasion á la paciencia á un pobre enfermo que padecia el mal caduco: oyóle este con poco gusto, y le dijo, no sin algun desabrimiento: *Padre, á los que están buenos y robustos les cuesta poco aconsejar la paciencia á los enfermos.* Entonces Joaquin, pródigo de caridad, suplicó con vivas instancias al Señor que librase á aquel pobre de su mal, y se lo diese á él. Fué oido, sanó el enfermo, y acometió al santo el accidente de epilepsia que le duró hasta la muerte; pero desde luego comenzó Dios á premiar con grandes milagros un acto de caridad tan heroico.

Ayudando á misa el dia de la Asuncion de la Virgen, le acometió el accidente de epilepsia, y cayó sin sentido en tierra; pero quedóse suspendida en el aire

la vela que habia tomado en la mano al tiempo de la elevacion, manteniéndose asi todo el que le duró el accidente. Muchas veces le vieron absorto en Dios, y rodeado de una luz tan resplandeciente como la del mismo sol. Estremeciáanse los demonios al oír el nombre de Joaquin, y libró á muchos endemoniados pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de Maria. Apenas habia enfermo á quien no diese salud, y á todos inspiraba por lo menos deseos eficaces de sufrir sus dolores con paciencia. Hacia grandes y frecuentes conversiones, siendo un mudo, pero elocuente sermón, todo cuanto en él se veía; su semblante extenuado y modesto, su dulzura, su paciencia y su afabilidad.

Era su mortificacion correspondiente á todas las demás virtudes. Su vida fué un continuo ayuno: servíase de los instrumentos mas rigurosos que podia inventar para macerar aquel cuerpo, sujeto y reducido á la servidumbre desde su mas tierna infancia, y ejercitado por otra parte con los frecuentes insultos de su molesto accidente; y en medio de eso, siempre que ponía los ojos en algun crucifijo, se llenaba de confusion, reprimiéndose su excesiva delicadeza y su regalo. El deseo de padecer por amor de Jesucristo le excitaba ardientes ansias del martirio, y el Señor le concedió un buen equivalente en lo restante de su vida. Porque como le suplicase con fervorosas instancias que se dignase satisfacerle aquellos encendidos deseos que tenia de padecer por su amor, fué oído liberalmente con un nuevo género de enfermedad, que redujo su cuerpo á un asqueroso hervidero de gusanos. Mostró bien en su exterior alegría el gozo que sentía su corazón por verse de aquella manera. Por fin, en la noche del Jueves Santo tuvo una vision, en que se le dió á entender que Dios quería retirarle presto de este mundo. Pidió al Señor que fuese en el

día siguiente, y en la misma hora que el Salvador habia espirado. Con la segura confianza de que habia sido oída su oracion, pidió que se juntase la comunidad para despedirse de ella, pedirle perdon del mal ejemplo que la habia dado, y dar gracias á todos por la mucha paciencia y caridad que habian usado con él. Admiráronse todos, porque al parecer nunca habia estado mejor el siervo de Dios que en aquel día. Conociólo el santo, y les dijo: «Veo que me creéis con alguna dificultad, porque no hay señas que anuncien mi cercana muerte: con todo eso espero en la misericordia de mi Dios que antes que acabeis los oficios que vais á comenzar, habré yo acabado mi carrera.» A esto respondieron todos con suspiros y con lágrimas. Quedáronse los cuatro padres mas graves de la comunidad haciendo compañía al moribundo, que absorto todo en Dios, mostraba bien en los fervorosos actos de amor en que se ejercitaba, que el fuego del divino amor iba á consumir aquella inocente victima. Acabábase de cantar la pasion, cuando aquella purísima alma, abrasada del amor divino, é inundada en consuelos celestiales, fué á entrar en los gozos del Señor, el mismo día del Viernes Santo del año 1305, á los cuarenta de su edad.

Confirmó luego Dios con nuevos milagros el concepto que ya se tenia de la santidad de su fiel siervo. Fué enterrado en Sena en la misma iglesia de su convento, con aquella pompa y con aquella veneracion que correspondian á la fama de su eminente virtud; y el Señor hace cada día mas glorioso su sepulcro con las maravillas que obra en él por su poderosa intercesion. Habiendo examinado el cardenal Belarmino en la sagrada congregacion de ritos, por disposicion del papa Paulo V, los procesos que se formaron sobre su beatificacion, permitió su Santidad que se

rezase de él en toda la orden, lo que confirmó después el papa Urbano VIII.

*La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la que sigue.*

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Joachimi, confessoris tui, solemnitate deferimus; ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atended, Señor, á las súplicas que os hacemos en la solemnidad de vuestro confesor el bienaventurado Joaquin; para que pues no podemos confiar en nuestra justicia, seamos ayudados por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del capítulo 3 del apóstol san Pablo á los Filipenses, y es la misma que el día II, pág. 56.*

#### NOTA.

« Hallándose en Roma el Apóstol el año de 62 de la encarnacion de Cristo, escribió esta carta á los Filipenses, pueblos de Macedonia, reduciéndose su asunto á darles gracias por la caridad que habian usado con él, y por la liberalidad con que le habian socorrido. »

#### REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillar tanto al hombre como los errores de su entendimiento y las ilusiones de su corazon. En uno y otro se engaña groseramente. Suele errar mucho en sus juicios, y mas en sus deseos. Las pasiones nos tiranizan, y hecho esclavo de ellas el corazon, perdió su libertad el entendimiento; cede la razon á la inclinacion y á la preocupacion, y queda oscurecida la luz que la alumbraba. Del corazon corrompido se levantan las tinieblas que la rodean: de

aquí nacen aquellas ilusiones, aquel mal modo de discurrir, aquel errar aun en los mismos principios. Estimase lo que debiera despreciarse; ábase lo que por toda la eternidad será materia del mas cruel dolor y objeto del mas vivo arrepentimiento. No solo deslumbra los ojos un falso brillo, sino que arrebatada nuestra atencion: en vano es que nos griten que esto no es mas que un lazo, una mentira, un engaño; la sordera sigue á la ceguedad, y la preocupacion va tan adelante, que ni aun se cree á los mismos que fueron triste juguete del engaño. Es esta una enfermedad popular y contagiosa; ninguna precaucion basta para que no se comuniquen con el comercio de aquellos con quienes tratamos. ¿Cuánto tiempo ha que se está gritando contra esa quimérica felicidad con que se alimentan los mundanos; contra ese vano fantasma de gloria que cansa las fuerzas, consume y aniquila á cuantos corren tras de él; contra ese ídolo de las riquezas que hace infelices á sus adoradores; contra esos falaces gustos que solo producen amarguras? Degenera la ilusion en una especie de encanto; no se coloca la felicidad sino en los puestos elevados, en todo lo que hace ruido, en todo lo que brilla, en todo lo que atolondra. ¿Cuándo hemos de discurrir como discurría el Apóstol? ¿Cuándo nos haremos racionales comenzando á ser mas cristianos? ¿Cuándo se desengañará ese hombre mundano de ese falso resplandor, de ese errado juicio, de esa engañosa preocupacion que le hace mirar como fortuna la que en realidad es verdadera desgracia? ¿Cuándo acabará de conocer esa mujer que sus galas, que sus ridiculas modas, que sus frivolos entretenimientos, que aquellas largas horas de tocador y de cortejos, cuando menos son lastimosa pérdida de un tiempo tan precioso, como no sean inagotable manantial de lágrimas y pesares? A lo

menos lo conocerá á la hora de la muerte; porque en vida hacen poca impresion estas verdades. Pero; qué cosa tan cruel no conocer el descamino hasta que ya no pueda enderezarse, no advertir el despeñadero hasta que se va á ocultar la luz, no prevenir el error hasta que se va á acabar el dia, no hacer juicio sano de las cosas hasta la hora postrera! Regularmente hablando, llega muy tarde el juicio, cuando no llega hasta la hora de la muerte. A lo menos todas las reflexiones que se hagan en aquel postrer momento sobre la ilusion de nuestros deseos, sobre la ridiculidad de nuestras aprensiones, sobre los errores de nuestra ambicion, sobre los engaños de nuestras ideas, no asegurarán mucho á un corazon, á un entendimiento, que comienza á ser cristiano en aquella extremidad. ¡ Ah, y qué consuelo será poder decir entonces como san Pablo: *Tuve por pernicioso todo aquello que me podia apartar del amor de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor lo renuncié todo, y todo lo miré como basura por ganar á Jesucristo!*

*El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas, y el mismo que el dia 11, pág. 59.*

### MEDITACION.

QUE NO HAY OTROS VERDADEROS BIENES QUE LOS BIENES ETERNOS.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que los bienes y males que se acaban, se pueden y se deben contar por nada. Un gusto, una satisfaccion, una alegría de pocas horas, son gustos bien ridiculos y bien despreciables. La flor que al medio dia se ostenta lozana, á la noche está marchita; hé ahí la imágen viva y natural de los gustos y bienes

de esta vida. Bienes tan insustanciales, tan lijeros y tan caducos, ¿merecen el nombre de bienes? pues el mundo no tiene otros. Bienes volátiles, fugitivos, imaginarios; bienes que nacieron para ser fuente de inquietudes, de sobresaltos, de disensiones y de pesadumbres; bienes que nacieron para ser tiranos y suplicio de los hombres; ¿puede haber hombre prudente que coloque su felicidad en correr tras ellos? ¿Será prudencia gastar la salud y consumir la vida en solicitarlos? Yo quiero que logres el privilegio de ser mas poderoso que los otros; ¿cuál será el fin y cuánta la duracion de este mayor poder? Un corto número de dias inquietos y turbulentos serán toda su duracion y todo su término. Juzguemos de lo futuro por lo pasado. Los bienes de esta vida nada tienen de sólido; hablando propiamente, son bienes soñados; todo su valor consiste en la opinion y en la idea; y con todo, este es el ídolo de los mundanos. ¡ Buen Dios, qué dignos son de compasion los que ofrecen votos á un fantasma!

No hay bien sólido y que satisfaga, si no es bien eterno: los que desaparecen y se acaban con la vida, se pueden y se deben comparar á un poco de humo. Los bienes que me enseña la fe y que me descubre la religion, esos son los que únicamente merecen el nombre de bienes. Aunque en los bienes de esta vida se hallara tanta dulzura como prometen, ¿de qué servirian por toda la eternidad? Con la muerte se acaba todo su gusto; aquel último soplo apaga toda la imaginaria felicidad de esta vida: y ¿qué resta de ella un instante despues de la muerte? ¿Qué le resta á un poderoso principe de todas aquellas pomposas demostraciones de honor y de respeto, de todo aquel numeroso séquito de cortesanos, de toda aquella multitud de diversiones, de aquella magnificencia de palacios, de todos aquellos numerosos y formidables

ejércitos? ¿Qué les resta á los hombres ricos de su abundancia y de sus tesoros? ¿Qué les resta á las mas bizarras damas de su orgullo, de su hermosura y de su ociosidad? ¿qué de sus adornos y de sus diversiones? ; Y estos se llaman bienes! Aun los que ahora los aman y los solicitan con la mayor ansia, ¿los mirarán como bienes en aquella espantosa eternidad en que se hace juicio tan cabal de todas las cosas?

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que los bienes eternos son los únicos que pueden contentar así al entendimiento como al corazón. Al entendimiento, porque todo cuanto le presentan es real, conforme á la recta razon, y de tan gran valor, que por toda la eternidad ha de ser el objeto de su aprecio. Al corazón, porque habiendo sido criado el hombre para solo Dios, solo aquello que puede llevarle á Dios, y acercarle á la posesion de Dios, puede sosegarle y satisfacerle. De aqui nace que cualquiera otro género de bien deja en el alma un vacío que la inquieta. Solamente los bienes eternos causan en ella aquella exquisita dulzura que es como ensayo ó prueba anticipada de los consuelos del cielo.

Estos bienes son las virtudes cristianas, las cuales son las únicas verdaderas riquezas del cristiano; ellas solas le hacen respetable y feliz; ningun otro bien es capaz de dar mérito, la virtud es su único origen; el mérito solo nace y solo se propaga en este fértil terreno. Aunque falte todo lo demás, grande nombre, nacimiento ilustre, dignidades, empleos honoríficos, grandes rentas, ornamentos postizos sin los cuales se puede pasar, oropel que se echa muy poco de menos; tenga un hombre virtud, y será verdaderamente respetable. Es la estimacion y el respeto un tributo, que hasta los mismos reyes se ven obligados á pagar á la

virtud. Es la virtud, por decirlo así, aquel milagroso tesoro de los cielos, al cual nunca se acercan los ladrones, y hasta los mismos gusanos le respetan.

No solo es la virtud cristiana el único principio de la verdadera felicidad respecto de la otra vida, sino tambien respecto de esta. No tenemos mayores enemigos de nuestra felicidad y de nuestra quietud, que nuestras pasiones. ¿Qué tranquilidad y qué dulzura experimentaríamos sin ellas! Pues su contraveneno es la virtud cristiana. Si no las ahoga, por lo menos las sujeta, y las pone en estado de que no hagan daño. ¿Qué cosa mas estimable ni mas preciosa que la que nos libra de todas las molestias y de muchas pesadumbres!

Solo el pensamiento de que algun dia se pueden perder todos los bienes que se poseen, disminuye mucho su justo valor. Un hombre poderoso, una persona que se halla en puesto elevado, un príncipe á quien todo se sonrie, conocen el vacío de estos bienes volátiles y pasajeros; su misma caducidad apaga la viveza y quita todo el sainete al gusto que pueden tener. Solo pensar en la muerte, basta para no tomar gusto á ningun bien terreno y temporal. ¿Qué cosa tan buena es no ser rico sino en bienes eternos! No les quita el tiempo el mérito que tienen, y el pensamiento de la muerte añade nuevo gusto á su dulzura, siendo el colmo de ella la misma eternidad, Y á vista de esto, ; será posible que suspiremos por otras riquezas!

¿Mi Dios, y qué dolor es el mio por haber puesto mi tesoro en otra parte que donde debiera estar mi corazón! A vuestra gracia, Señor, debo el conocimiento de mi error que detesto con toda el alma. De hoy en adelante todo mi tesoro estará en los bienes eternos; y donde estuviere mi tesoro, allí estará mi corazón.



## JACULATORIAS.

*Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum : concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.*  
Salm. 83.

¡Qué atractivos tiene vuestra celestial habitacion, ó Dios y Señor de las virtudes! no puede sufrir mi alma el ansia con que suspira por ella.

*Ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia.* De la orac. de la Iglés.

Fijemos nuestros corazones en aquella parte donde únicamente se hallan los verdaderos gustos.

## PROPOSITOS.

1. Asombro es que teniendo fe tomemos tanto gusto á los bienes perecederos de esta vida, y nos hagan tan poca fuerza los bienes eternos de la otra, sabiendo que son la herencia de los predestinados. Pero mas asombro seria, si criados y engolosinados con el gusto de estos bienes terrenos, suspirásemos por los otros que solo se gustan en el cielo. Educáse á los niños en la escuela del mundo; dánseles lecciones enteramente mundanas antes que despunte en ellos la razon; apenas se les habla desde la cuna sino de lo que debieran ignorar toda la vida; no oyen alabar otra cosa que la destreza y habilidad de los que hacen fortuna, el esplendor y la magnificencia de los grandes, la opulencia y la suntuosidad de los ricos. Eternamente se trata delante de los niños de lo que fomenta el orgullo, de lo que irrita la concupiscencia, de lo que excita y anima la emulacion. ¿Oiste, cuando niño, hablar alguna vez de la vanidad é insubsistencia de los bienes criados? Y lo que has hablado hasta aqui delante de tus hijos, ¿podrá inspirarles mucha aver-

sion á estos bienes, dándoles una justa idea de lo que son? Los niños se acostumbran á aquellos alimentos con que se crian. Corrige, pues, desde hoy en adelante un descuido tan pernicioso : nunca hables delante de tus hijos de las cosas que tanto engañan al mundo, sin aplicar el debido correctivo. En su presencia no debes tratar sin gran reserva de aquellas materias que pueden fomentar la vanidad. Si los negocios ó la conversacion te obligaren á tratar de algun suceso feliz, de una nueva dignidad, de un nuevo empleo, de una brillante fortuna, nunca dejes de hacer ver las sombras de estos vanos resplandores : á lo menos siempre encontrarás en el pensamiento de la muerte un contraveneno muy oportuno. ¡Cuánto terreno perderian las pasiones, qué cristianas serian las familias, si los padres hicieran estimar el mérito y el valor de los bienes eternos!

2. Igualmente nos pueden servir la prosperidad y las adversidades para que tomemos gusto á los bienes de la otra vida, y nos disgustemos de los de ésta. Si tus bienes se adelantan y van en aumento, dite muchas veces á tí mismo : Todo es trabajar para mis herederos ; ¿y qué gozaré yo de todo esto despues de mi muerte? Si te sale mal todo cuanto emprendes en este mundo, consuélate con pensar que tu herencia te está reservada en el cielo. ¿Vives humillado, abatido y olvidado? acuérdate de cuando en cuando que eres peregrino y extranjero, y que no es mucho que no te conozcan en un país tan distante del tuyo. Piensa que en rigor no eres mas que un mero administrador de tus bienes, y que estás encargado de ese empleo, de ese puesto, por via de comision. Algunos tienen la santa costumbre de escoger un dia cada mes para hacer delante de Dios el desapropio sus bienes, despues de la comunión, á los piés de algun crucifijo, donde renuncian á la propiedad de